

—Dices que viene?

—Me sigue.

—Estás segura?

—Estoy segura; viene en un coche de alquiler.

—En coche! es un Rothschild!

El padre se levantó.

—Pero si viene en coche, ¿cómo has llegado á casa antes que él? ¿Le has dado bien la direccion? ¿Le has dicho claro que es la última puerta del fondo del corredor, á la derecha? No vaya á equivocarse. Le encontraste en la iglesia? Leyó mi carta? Qué ha dicho?

—Pues apenas me preguntas!... Ten paciencia y te lo diré. Me introduje en la iglesia; él estaba en el sitio de costumbre; le hice una reverencia, le entregué tu carta, la leyó y me preguntó:—¿Dónde vives, hija mia?—Yo le respondí: Yo os acompañaré, caballero.—No; dadme la direccion; mi hija tiene que hacer algunas compras; tomaré un carruaje y llegaré á vuestra casa al mismo tiempo que vos.—Le dí, pues, las señas. Cuando se las dí, pareció sorprenderse y que vaciló un momento, pero luego añadió:—Es igual; iré.—Cuando concluyó la misa, le ví salir de la iglesia con su hija y subir los dos en un coche.

—Y por qué supones que vendrá?

—Porque acabo de ver el coche, que llegaba por la calle del Petit-Banquier. Por eso vine corriendo.

—Cómo sabes que es el mismo coche?

—Toma! porque miré el número.

—Qué número tiene?

—El cuatrocientos cuarenta.

—Bien; eres una jóven de talento.

La jóven miró atrevidamente á su padre, y enseñándole los zapatos que llevaba, contestó:

—Es posible que tenga talento, pero os aseguro que no me vuelvo á poner estos zapatos; no los quiero: primero por mi salud, y segundo por la limpieza. Es muy fastidioso que las suelas rechinen y hagan ri, ri, ri durante todo el camino. Prefiero ir descalza.

—Tienes razon, respondió el padre con tono suave, que contrastaba con la rudeza de la jóven; pero no te dejarían entrar descalza en las iglesias, para lo que es preciso que los pobres gasten zapatos. Luego, volviendo á ocuparse del asunto que le preocupaba, repitió:

—Estás, pues, segura de que viene?

—Viene pisándome los talones.

El hombre se irguió, pareciendo que su fisonomía se iluminaba.

—Mujer, gritó, ya lo oyes. Vá á venir el filántropo. Apaga la lumbre.

La mujer obesa, estupefacta, no se movió.

El marido, con la agilidad de un saltimbanqui, agarró un puchero desportillado que habia encima de la chimenea y arrojó el agua que aquel contenia sobre los tizones.

Luego, dirigiéndose á su hija mayor, le dijo:

—Tú, quítale la paja á la silla.

Su hija no le comprendió. Cogió él la silla, y dándola un puntapié le quitó, ó mejor dicho, le rompió el asiento. Pasó la pierna por el agujero que habia abierto: al retirarse preguntó á la jóven:

—Hace frio?

—Muchísimo. Está nevando.

Volvióse el padre hácia su hija menor, que estaba sentada en la cama, cerca de la ventana, y le gritó con voz tonante:

—Levántate de ahí pronto, perezosa; nunca servirás para nada! Rompe un cristal.

La criatura saltó temblando de la cama.

—Que rompa un cristal! exclamó.

La jóven se quedó embobada y con la boca abierta, como quien no comprende.

—No me oyes? repitió el padre; te digo que rompas un cristal.

La chicuela, con una especie de pavorosa obediencia, se levantó sobre las puntas de los piés y pegó un puñetazo en un cristal, que se rompió y cayó con extrépito.

—Así, dijo el padre, que estaba grave y brusco.

Sus miradas recorrian rápidamente todos los rincones del desvan. Parecia un general haciendo los últimos preparativos en el instante en que vá á empezar la batalla.

La madre, que guardaba silencio, se levantó, preguntando con voz lenta y sorda; sus palabras parecia que salian coaguladas de su boca:

—Qué pretendes hacer?

—Echate en la cama, le contestó su marido.

Su entonacion no admitia réplica. La mujer obedeció, arrojándose pesadamente sobre una de las tarimas.

Entre tanto se oían sollozos en un rincon.

—Qué es eso? preguntó el hombre?

La hija menor le enseñó un puño ensangrentado. Se hirió al romper el cristal y se habia ido arrimando á la cama



PASE USTED ADELANTE.

de su madre, llorando silenciosamente.

Tocóle á la madre el turno de gritar.

—Ya lo ves! No haces más que tontearias; por tí la chica se ha cortado la mano.

—Tanto mejor! contestó su marido; ya lo habia yo previsto.

—Cómo mejor! replicó la mujer.

—Calma! repuso el hombre. Suprimo la libertad de imprenta.

Dicho esto, desgarró la camisa de mujer que llevaba puesta y sacó de ella una tira de tela, con la que envolvió el puño ensangrentado de su hija. Despues fijó la mirada en su camisa que acababa de romper, y exclamó:

—Tambien la camisa! Ahora todo tiene magnífico aspecto.

Un viento helado silbaba al pasar por el cristal roto y penetraba en el desvan. La bruma exterior llegaba hasta la vidriera y se dilataba allí como blanquecino algodón, vagamente desmenuzado por dedos invisibles.

Al través del vidrio roto se veia caer la nieve. El frio que prometió el dia anterior la Candelaria habia llegado.

El padre paseó la mirada á su alrededor para cerciorarse de que no se habia olvidado de nada; cogió una paleta vieja y echó con ella ceniza sobre los tizones mojados hasta taparlos completamente.

Luego, enderezándose y apoyándose en la chimenea, dijo:

—Ahora ya podemos recibir al filántropo.

VIII.

El rayo de sol en la cueva.

La hija mayor se acercó á su padre y puso su mano sobre la de éste.

—Tiéntala y verás qué frio tengo.

—Bah! respondió su padre; más tengo yo.

La madre gritó con ímpetu.

—Siempre lo tuyo es mejor ó mayor que lo de los demás; hasta en lo malo.

—Silencio! exclamó su marido, mirándola de cierto modo que la hizo callar.

Reinó en el desvan un momento de silencio.

La hija mayor deshilaba con aire indiferente el extremo inferior de la manta; la pequeña continuaba sollozando; la madre la cogió la cabeza entre sus dos manos y la besó, diciéndola en voz baja:

—Tesoro mio! te suplico que no llores; eso no será nada y tu padre se vá á enfadar.

—No, gritó éste; al contrario, llora, llora, que eso hará muy buen efecto.

Luego, volviéndose hácia su hija mayor, añadió:

—Ese hombre no llega! Si no viniese seria inútil haber apagado el fuego, romper la silla, desgarrar la camisa y destrozar el cristal.

—Y haberse herido la niña, añadió su madre.

—¿Sabeis que hace un frio horrible en este endiablado desvan? ¡Si ese hombre no viniera! Cuánto se hace esperar! Dirá como todos los ricos:—Que me esperen, ya que voy á socorrerles.—¡Oh, cómo los aborrezco y con qué entusiasmo los ahogaria á todos! Los ricos, esos supuestos hombres caritativos que pasan por santos, que van á misa, que se sacrifican á la clericalla y que vienen á humillarnos trayéndonos cuatro trapos, que son inservibles para ellos, y algun pedazo de pan. No es eso lo que yo quiero, atajo de canallas; lo que yo quiero es dinero. Pero nunca nos lo dan, porque dicen que nos lo beberíamos en la taberna, y que somos unos borrachos y unos holgazanes. Y ellos? ¿Qué son ó qué han sido en otro tiempo? Unos ladrones; sino no se hubieran enriquecido. Deberíamos coger á la sociedad por las cuatro puntas, como á una manta, y arrojarlo todo al aire. Quizás se rompería todo, pero á lo menos nadie tendria nada y todos seriamos iguales. ¿Cómo es que no viene ese perro filántropo? Tal vez sea tan animal que haya olvidado las señas de mi casa. Apostemos cualquier cosa á que ese viejo bestia...

En aquel momento llamaron á la puerta; el padre se precipitó hácia ella y la abrió, haciendo profundos saludos y exquisitas sonrisas, y diciendo:

—Entrad, señor; dignaos entrar, mi respetable bienhechor, lo mismo que vuestra encantadora hija.

Un anciano y una jóven aparecieron en la puerta del desvan.

Mario estaba aun en el observatorio. Lo que en aquel momento sintió no puede expresarse en ninguna lengua humana. Era ella. Todo el que haya amado sabe las acepciones esplendentes que encierran las tres letras de esta palabra: Ella.

Era efectivamente ella. Mario apenas podia distinguirla al través del luminoso vapor que se esparció ante su vista súbitamente. Era el tierno sér ausente, el astro que brilló para él durante seis meses; las pupilas, la frente, la boca y el

rostro, que, al desvanecerse, le sumieron en la oscuridad. La vision eclipsada reaparecia en las tinieblas de aquel desvan, de aquella cueva, de aquel antro.

Mario se estremeció. Las palpitaciones de su corazón le turbaban la vista. Sentíase dispuesto á llorar. La volvía á ver despues de haberla buscado inútilmente tanto tiempo. Y cómo? y dónde? Creía haber perdido el alma y que ahora volvía á encontrarla.

Ella estaba lo mismo, un poco más pálida; formaba marco de su delicado semblante un sombrero de terciopelo morado y la ocultaba el talle una manteleta de raso negro. Por bajo de la larga falda se le entreveían sus diminutos piés, aprisionados en botitas de seda. La acompañaba el señor Blanco, como siempre.

Dió algunos pasos por el cuarto y dejó un paquete grande sobre la mesa.

La hija mayor de Jondrette se habia retirado detrás de la puerta y miraba con ojos tristes aquel sombrero de terciopelo, aquel abrigo de seda y aquel rostro gracioso y feliz.

IX.

Jondrette casi llora.

En oscuro estaba aquel chiribitil, que las personas que venían de fuera experimentaban al entrar en él lo que experimentarían al entrar en una bodega. Los recién venidos avanzaron vacilando, distinguiendo apenas formas vagas á su alrededor, mientras los veían y los examinaban perfectamente los habitantes del desvan, acostumbrados á su penumbra.

El señor Blanco, mirando triste y bondadosamente á Jondrette, se le acercó y le dijo:

—En ese paquete encontrareis algunas prendas nuevas, medias y mantas de lana.

—Nuestro angelical bienhechor nos abruma, contestó Jondrette, inclinándose hasta el suelo.

Luego, acercándose al oído de su hija mayor, mientras los dos visitantes examinaban el desvan, la dijo en voz baja y con rapidez:

—No te lo decía yo? Trapos, pero dinero no; todos son lo mismo. ¿Qué firma puse en la carta para este babeiaca?

—Fabantou, le respondió la hija.

—El artista dramático... bien.

A tiempo se acordó Jondrette, porque

en aquel instante el señor Blanco se volvía hácia él y le decía, como tratando de recordar su apellido:

—Veo que sois muy digno de lástima, señor...

—Fabantou, respondió vivamente Jondrette.

—Fabantou, sí, eso es... ya lo recuerdo.

—Artista dramático, señor, que ha alcanzado algunos triunfos.

Jondrette creyó que éste era el momento oportuno de apoderarse del filántropo y exclamó, con una entonación que participaba á la vez de la charla del titiritero de feria y de la humildad del mendigo de las carreteras.

—Discípulo de Talma, señor; he sido discípulo del gran maestro. En otros tiempos me sonrió la fortuna, pero ahora me ha vuelto las espaldas; ya veis cuánto es mi infortunio. No tengo fuego para que no se hielen mis pobres hijas; mi única silla está sin asiento. En la ventana se ha roto un vidrio; ¡con el frío que hace!... ¡Mi esposa en cama, enferma!

—Pobre mujer! dijo el señor Blanco.

—Mi hija herida! añadió Jondrette.

La chicuela, al llegar los recién venidos, se quedó contemplando á la señorita y dejó de llorar.

—Llora, chillá! le dijo su padre en voz muy baja, y al mismo tiempo le pellizó la mano herida, con verdadero talento de escamoteador.

La hija menor de Jondrette puso el grito en el cielo.

La jóven, á quien Mario llamaba Ursula, se acercó con rapidez á la herida y exclamó:

—Pobre niña!

—Ya veis, hermosa señorita, continuó diciendo Jondrette, que tiene el puño ensangrentado. Es un accidente que le sobrevino trabajando en una máquina para ganarse una friolera. Quizás haya necesidad de cortarla el brazo.

—De veras? exclamó alarmado el señor Blanco.

La chicuela, tomando en serio estas palabras, comenzó á llorar con más fuerza.

—Ah, sí, mi bienhechor! respondió el padre.

Hacia ya un rato que Jondrette contemplaba al filántropo de un modo extraño.

Mientras continuaba hablando, parecía escudriñar con atención, como si tratase de coordinar sus recuerdos. De

pronto, aprovechándose del instante en que los recién venidos preguntaban á su hija menor con interés por la herida de la mano, pasó cerca de su mujer, que permanecía en la cama como una estúpida, y la dijo con viveza y muy por lo bajo:

—Mira bien á ese hombre.

Luego, volviéndose hácia el señor Blanco, prosiguió dirigiéndole su jere-miada:

—¡Estais viendo, caballero, que todo mi traje consiste en una camisa de mi mujer, rota, y en el rigor del invierno! No puedo salir de casa porque no tengo ropa; por ruin que ésta fuera, si la tuviese iría á visitar á la señorita Mars, que me conoce y que me distingue con su aprecio. Porque habeis de saber que hemos trabajado juntos en provincias; he compartido sus laureles. Celimene me socorrería. Elmira daría limosna á Belisario. Pero no hay en mi casa ni la moneda más insignificante, y tengo á mi mujer enferma y á mi hija peligrosamente herida. Mi mujer padece de espasmos, producidos por la edad y complicados con una afecion del sistema nervioso, y necesita ciertos cuidados, lo mismo que mi hija, ¡y no puedo pagar médico ni botica!... Ya veis, señor, lo abatidas que están las artes. ¿Sabeis, bondadosa señorita y generoso protector, por qué educo religiosamente á mis hijas? Porque no he querido que se dediquen al teatro... y como vea que se tuercen... yo tengo malas pulgas... y soy hasta pesado sermoneándolas sobre el honor, sobre la moral y sobre la virtud. Es menester que anden rectas; para eso tienen padre. Gracias á Dios no son de esas desgraciadas que empiezan por no tener familia y concluyen por emparentar con el público. ¡Pardiez, eso no ha de suceder en la familia Fabantou! ¿Sabeis, mi querido protector, qué es lo que me vá á suceder mañana? Mañana es el 4 de Febrero, dia fatal para mí, el del último plazo que me ha concedido el casero; si esta noche no le pago, mañana nos arrojarán de aquí y nos echarán á la calle, al boulevard, sin abrigo, en medio de la lluvia y de la nieve, ¡y estando enfermas mi mujer y mi hija menor! Debo cuatro trimestres, es decir, un año, sesenta francos!

Jondrette mentía. Solo pagaba al año cuarenta francos, y no podía deber cuatro trimestres, porque aun no hacia seis meses que Mario le habia pagado dos.

El señor Blanco sacó del bolsillo una

moneda de cinco francos y la echó sobre la mesa.

Jondrette tuvo un momento para murmurar al oído de su hija mayor:

—Es un tacaño! ¿Qué voy á hacer con cinco francos?

El señor Blanco se quitó un gaban grande, pardo, que llevaba sobre la levita azul, y le dejó sobre el respaldo de la silla.

—Señor Fabantou, le dijo, no llevo encima más que esos cinco francos, pero acompañaré á mi hija á casa y volveré aun esta noche. ¿No teneis que pagar hoy mismo?

La fisonomía de Jondrette se iluminó con extraña expresion y contestó rápido:

—Sí, mi respetable bienhechor. A las ocho debo estar en casa del propietario.

—Volveré á las seis y os traeré los sesenta francos.

—Oh! cuánto debo á mi bienhechor! exclamó Jondrette como delirante. Luego añadió en voz baja al oído de su mujer:

—Mírale bien; fíjate.

La hija del señor Blanco se apoyó en el brazo de éste y se dispusieron á salir; al llegar á la puerta, como por via de despedida, el desconocido dijo:

—Hasta la noche, amigos míos.

—A las seis? preguntó Jondrette.

—A las seis vendré.

Entonces la hija mayor de aquella familia, fijándose en que el anciano se dejaba el abrigo en el respaldo de la silla, le dijo:

—Señor, os dejais olvidado el gaban.

Jondrette dirigió á su hija una mirada furibunda, que acompañó con formidable encogimiento de hombros.

El señor Blanco volvió la cabeza y contestó sonriendo:

—No lo olvido; es que os lo deajo.

—Oh, mi augusto protector! ¡Lloro de gratitud! Permitidme que os acompañe hasta el carruaje.

—Si quereis acompañarme, le contestó el señor Blanco, poneos ese abrigo, porque hace muchísimo frío.

Jondrette no se lo hizo repetir dos veces. Se puso el gaban en seguida.

Padre, hija y Jondrette salieron del desvan; éste precediendo á los dos visitantes.

X.

Tarifa de los coches de alquiler: dos francos por hora.

Mario presenció toda la escena anterior, y sin embargo, nada había visto. Sus ojos estuvieron fijos constantemente en la jóven; su corazón se había apoderado de ella, digámoslo así, desde el primer momento, envolviéndolo por entero.

Durante el tiempo que permaneció en el desvan había vivido Mario la vida del éxtasis, con esa vida que suspende las percepciones materiales y concentra el alma en un solo punto. Contemplaba, no aquella jóven, sino á aquella luz. Si la estrella Sirio hubiese entrado en el cuarto no le hubiera deslumbrado tanto.

Mientras la jóven abría el paquete, desplegaba las prendas y las mantas, preguntando á la madre enferma con bondad y á la hija herida con enternecimiento, espiaba Mario todos sus movimientos y procuraba oír sus palabras. Conocía sus ojos, su frente, su belleza, su talle, su modo de andar, pero no conocía su voz. Creyó oírla pronunciar algunas palabras una vez en el Luxemburgo, pero no estaba seguro de ello. Hubiera dado diez años de vida por oírlo, por poder conservar en el alma un poco de aquella música; pero su voz se ahogaba con las jeremiadas de Jondrette, y esto irritaba á Mario hasta en medio de su éxtasis. No apartaba los ojos de ella. No se podía dar cuenta de cómo podía estar aquella divina criatura en medio de seres tan inmundos y en aquel monstruoso tabuco. Parecía ver un colibrí entre sapos.

Cuando la jóven salió del desvan, el pensamiento fijo de Mario fué seguirla, no perder sus huellas, no dejarla hasta saber dónde vivía, no volverla á perder, después de haberla encontrado casi milagrosamente. Bajó de la cómoda y tomó el sombrero. Al poner la mano en el picaporte para salir le detuvo una reflexión. El corredor era largo, la escalera estrecha y empinada, Jondrette muy charlatan, y el señor Blanco no había tenido tiempo aun para subir en el coche; si volviendo la cabeza dicho señor le veía en aquella casa, se alarmaría con motivo, impidiendo que volviera á ver á su hija, y todo había acabado para él.

—¿Qué iba á hacer? esperar un poco? Mientra esperaba desaparecería el coche.
—El al... ha titubeando. Por fin se ar...
A tiempo se del cuarto.

No había ya nadie en el corredor, ni tampoco en la escalera. Bajó á escape y llegó al boulevard á tiempo de ver que un coche de alquiler doblaba la esquina de la calle del Petit-Banquier y entraba en París.

Mario se precipitó en aquella dirección. Al llegar á la esquina del boulevard volvió á ver el coche, que bajaba rápidamente por la calle Monffetard, pero el coche estaba ya muy lejos y no era posible alcanzarlo. Podría, además, el padre desde el carruaje observar que un individuo corría á escape en su persecución y reconocerle. En aquel instante por casualidad vió Mario un cabriolé de alquiler que pasaba vacío por el boulevard. Se decidió, pues, á subir en el cabriolé y á seguir al coche.

Mario hizo seña al cochero de que parase y le gritó:

—Por horas.

Mario no llevaba corbata é iba con el traje viejo de los días de trabajo, al que le faltaban botones, y tenía rota la camisa por uno de los pliegues de la pechera.

El cochero se paró, guiñó el ojo y extendió hácia Mario la mano izquierda, frotando suavemente el índice con el pulgar.

—¿Qué quereis decir? le preguntó Mario.

—Que quiero la paga anticipada, contestó el cochero.

Mario recordó que no llevaba más que un franco.

—Cuánto es? preguntó.

—Dos francos por hora.

—A la vuelta pagaré.

El cochero, por toda respuesta, silbó una canción de vaudeville y aplicó al caballo un latigazo.

Mario, consternado, vió alejarse el cabriolé. Por no tener suficiente dinero perdía la alegría, la felicidad, el amor, volviendo á sumirse en las tinieblas. Después de ver quedaba ciego. Pensó con tristeza, con profundo pesar, en los cinco francos que dió aquella misma mañana á su miserable vecina. Con esto se hubiera salvado; hubiera salido del limbo, de las tinieblas, del esplin y de la viudez; y sin ellos reanudaba el hilo negro de su destino al hermoso hilo de oro que acababa de flotar ante sus ojos y de romperse en seguida. Volvió á su buhardilla desesperado.

Pudo reflexionar que el señor Blanco prometió volver por la noche y que debía manejarse entonces mejor para seguirla,

pero en su éxtasis apenas se había fijado en esto.

Al ir á subir la escalera vió al otro lado del boulevard, junto á la desierta pared de la calle de la Barrera de los Gobelinos, á Jondrette envuelto en el gaban del filántropo, que estaba hablando con uno de esos hombres de aspecto sospechoso, que son conocidos por los *vagos de las barreras*, gentes de las que se debe huir.

Jondrette y su compañero, que conversaban inmóviles, á pesar de la nieve que caía en grandes copos sobre ellos, formaban un grupo que hubiera llamado la atención de un agente de policía, pero Mario apenas lo reparó. Sin embargo, aunque estaba dolorosamente preocupado, no pudo menos de decirse á sí mismo que el vago de las barreras que hablaba con Jondrette se parecía á Panchaud, alias Primavera, que Courfeyrac le enseñó un día y que pasaba en el barrio por paseante nocturno muy peligroso. Ya vimos en el libro precedente este nombre en la lista de los bandidos. Panchaud figuró posteriormente en muchas causas criminales y llegó á ser un bribón célebre; entonces no era aun más que bribón notable. Hoy es tradicional entre los bandidos y salteadores; á fines del último reinado formaba escuela. Por la tarde, al anochecer, á la hora en que se formaban grupos y se hablaba en voz baja, se le mencionaba en la cárcel de la Fuerza, en la Cueva de los leones. Precisamente en dicha prision, por la que pasaba bajo el camino de la ronda el canal de la alcantarilla que sirvió para fugarse en pleno día á treinta presos en 1843, se leía, escrito en los ladrillos de la alcantarilla, el nombre de PANCHAUD, audazmente grabado por él mismo en una de sus tentativas de evasión. En 1832 la policía le vigilaba ya, pero él aun no había extremado sus fechorías.

XI.

Ofertas de servicio de la miseria al dolor.

Mario subía con lentitud la escalera de su buhardilla, y al ir á entrar en su cuarto vió que la hija mayor de Jondrette le seguía. Esta muchacha le era odiosa, porque había recibido los cinco francos y no debía reclamárselos; y además, aunque se los reclamase, ella tampoco se los devolvería. Era inútil también preguntarla por el domicilio de los dos visitantes, porque no debía saberlo, ya

que la carta que firmó Fabantou se dirigía al bienhechor de la iglesia de Santiago y no á casa de éste.

Mario entró en su cuarto y empujó la puerta tras sí, pero al ver que no se cerraba, se volvió y encontró que una mano la mantenía entreabierta.

—¿Quién está ahí? preguntó.

Era la hija mayor de Jondrette.

—Sois vos otra vez? qué quereis?

Estaba pensativa y sin mirar; no tenía el aplomo de aquella mañana. No entraba y permanecía en la oscuridad del corredor.

—Contestais ó no? la dijo Mario. ¿Qué quereis?

La jóven levantó hácia él la apagada vista, en la que parecía encenderse vagamente una especie de claridad, y dijo:

—Me parece que estais muy triste, señor Mario. Qué teneis?

—Yo! exclamó éste.

—Sí, vos.

—Nada tengo.

—Sí.

—No.

—Os repito que sí!

—Dejadme en paz.

Mario volvió á empujar la puerta, pero la jóven seguía reteniéndola entreabierta.

—Haceis mal en negármelo. Sé que no sois rico, y habeis sido bueno esta mañana; sedlo también ahora. Me disteis para que pudiese comer; decidme ahora qué es lo que teneis. Se conoce á la legua que estais apesadumbrado y quisiera que no os afligiese ninguna pena. ¿Puedo yo evitarlo? qué hay que hacer para eso? Si puedo serviros de algo, empleadme. Ni os pregunto vuestros secretos ni necesito que me los digais; pero si os puedo ser útil, quiero ayudaros como ayudo á mi padre. Sirvo para llevar cartas cuando es menester, para ir á las casas, para preguntar de puerta en puerta, para averiguar una dirección, para seguir á alguno. Confíadme lo que os pasa, iré á hablar con quien querais. Servíos de mí.

Mario acarició una idea. ¿Quién desdeña cogerse á una rama cuando se siente caer? Acercóse á la jóven y la dijo:

—Oye, pues.

Brillaron de alegría los ojos de la muchacha y le interrumpió de este modo:

—Sí, sí, tuteadme; prefiero eso.

—Pues bien; ¿condujiste aquí al caballero anciano que acompañaba á su hija?

—Sí.

—Sabes dónde viven?

—No.

—Averígualo.

La mirada de la jóven, que antes de triste se volvió alegre, ahora de alegre se convirtió en sombría.

—Es eso lo que quereis?

—Sí.

—Los conoceis acaso?

—No.

—Eso quiere decir que no la conoceis, pero que deseais conocerla.

La partícula *los*, que la jóven convirtió en partícula *la*, tenía un no sé qué significativo y amargo.

—Puedes ó no? preguntó Mario.

—Sabreis las señas de esa hermosa señorita.

Pronunció las palabras *hermosa señorita* con un acento que importunó á Mario, el que replicó:

—Lo que quiero saber son las señas del domicilio del padre y de la hija.

La jóven le miró fijamente.

—Qué me dareis?

—Todo lo que quieras.

—Todo lo que yo quiera?

—Sí.

—Pues pronto sabreis lo que deseais.

La jóven inclinó la cabeza y luego, con un movimiento brusco, tiró de la puerta, que quedó cerrada.

Mario se quedó solo.

Se dejó caer sobre una silla con la cabeza y los codos apoyados sobre la cama, abismado en pensamientos que no podía retener y como poseído de un vértigo. Todo lo que le habia sucedido aquella mañana, la aparición del ángel, su desaparición, lo que la Jondrette acababa de decirle, el vislumbre de esperanza flotando en su inmensa desesperación, todo esto llenaba confusamente su cerebro.

De pronto le hicieron salir violentamente de su ensimismamiento.

Oyó hablar en voz alta y brusca á Jondrette, que pronunciaba estas palabras, que encerraban para él extraño interés:

—Te digo que estoy seguro y que le he conocido.

De quién hablaba Jondrette? ¿A quién habia conocido? ¿Al señor Blanco, al padre de Ursula? ¿Acaso Jondrette le conocia? ¿Iba, pues, á saber de un modo brusco todas las noticias que deseaba? ¿Iba á descubrir quién era aquella jóven y quién era su padre?

Se encaramó de un brinco sobre la cómoda y volvió á colocarse en el observatorio, penetrando otra vez con la vista en la cueva de Jondrette.

XII.

Empleo de los cinco francos del señor Blanco.

De aquella familia solo habian cambiado de aspecto la mujer y las hijas, que habian sacado del paquete medias y camisetas de lana y se las habian puesto. Habian extendido sobre las dos camas dos mantas nuevas.

Jondrette acababa de entrar y le quedaba aun una especie de sobrealiento, producido por el cansancio. Sus hijas estaban sentadas cerca de la chimenea y la mayor curaba la mano de la menor. La madre estaba acurrucada sobre la tarima inmediata á la chimenea y su fisonomía manifestaba asombro. Jondrette se paseaba por el desvan, dando largos pasos y lanzando extrañas miradas.

Su mujer, que parecia tímida y estupefacta ante él, se atrevió á preguntarle:

—Es de veras que estás seguro?

—Estoy seguro; no le he visto en ocho años, pero le he conocido, le conocí en cuanto entró. ¿No te ha saltado á la vista?

—No.

—Te dije, sin embargo, que te fijases en él. Tiene su estatura y su cara, está un poco más viejo, conserva la misma voz. La única diferencia de entonces á ahora consiste en que vá mejor vestido. Ah! ¡endiablado y misterioso viejo, ya te atrapé!...

Se paró de pronto y dijo á sus hijas:

—Vosotras idos de aquí!

Las hijas se levantaron para obedecer.

La madre balbuceó:

—¿Se ha de ir con esa herida en la mano?

—El aire libre la hará provecho, contestó Jondrette. Idos.

Aquel hombre era de los que no admiten réplicas, y las dos muchachas salieron del desvan. Al llegar á la puerta, el padre detuvo por el brazo á la mayor y la dijo con acento particular:

—Volvereis á las cinco en punto las dos, porque os necesitaré.

Mario redobló la atención.

Cuando se quedó Jondrette solo en el desvan con su mujer, se puso otra vez á pasear y dió dos ó tres vueltas al cuarto silenciosamente.

Después hizo entrar y pasar por la cintura el faldon de la camisa de mujer, que llevaba, y volviéndose hácia su mujer, se cruzó de brazos y dijo:

—Quieres que te diga una cosa? La señorita...

—La señorita qué? le interrogó su mujer.

Mario no podia dudar; estaban hablando de ella. Escuchaba con ardiente ansiedad. Todo su sér lo concentraba en los oídos. Jondrette se habia inclinado y hablaba en voz más baja; luego se enderezó y dijo más alto:

—Es ella!

—Esa? preguntó asombrada su mujer.

—Esa, contestó el marido.

Es indescriptible el acento con que la mujer pronunció la palabra *esa*. Destilaba sorpresa, rabia, ódio y cólera, confundidos en monstruosa entonación.

Bastaron algunas palabras, acaso solo el nombre que su marido le dijo al oído sin duda, para que aquella mujer gorda y adormecida se despertase, pasando de ser repugnante á ser espantosa.

—Imposible! exclamó. ¡Cuando pienso que mis hijas van descalzadas y no tienen ni un vestido que ponerse, y ella gasta manteleta de raso, sombrero de terciopelo y botitas, esto es, más de doscientos francos en trapos!... ¡Cualquiera creeria que es una señora!... No, no, tú te equivocas. Desde luego la otra era horrible y esta no es fea, no, no. No puede ser ella.

—Te digo que es ella y ya te convencerás.

Al oír afirmación tan absoluta, la mujer levantó la cara ancha, roja y rubia, y miró al techo con expresión deformada. En aquel momento le pareció á Mario más terrible que su marido. Era una marrana con mirada de tigre.

—Cómo! replicó; ¿la hermosa señorita que miraba á mis hijas con aire compasivo seria aquella pelona? ¡Oh, quisiera poderla destripar á zapatazos!...

Saltó de la cama, permaneció en ella un instante en pié, desgñada, con las ventanas de la nariz dilatadas, con la boca entreabierta, con los puños crispados y echados hácia atrás, y luego se volvió á dejar caer sobre la tarima.

El hombre paseaba por el cuarto sin fijar la atención en aquella fiera.

Después de un rato de silencio se aproximó á su mujer, parándose ante ella con los brazos cruzados como antes, exclamando:

—Quieres que te diga otra cosa?

—Qué? preguntó ella.

—Que he logrado ya hacer fortuna, respondió Jondrette en voz baja.

Su mujer le dirigió esa mirada que significa: Si estará loco este hombre!...

Jondrette prosiguió hablando:

—Mil truenos y rayos! Hace ya demasiado tiempo que soy feligrés de la parroquia muérete de hambre si tienes fuego, muérete de frío si tienes pan. He cargado hasta hoy con mi miseria y con la de los demás, y esto ya no me divierte. Basta de bromas, Padre Eterno! Quiero que mi hambre coma y que mi sed beba; quiero gozar, dormir y no trabajar. Quiero que me llegue ese turno antes que me toque reventar. Deseo ser millonario ó poco menos.

Dió un paseo por el cuarto y luego añadió:

—Como lo son otros.

—Qué estás diciendo? preguntó su mujer.

Jondrette sacudió la cabeza, guiñó los ojos y levantó la voz, como un charlatan de plazuela que vá á hacer una demostración.

—Quieres saber lo que digo? pues escucha.

—Chist! murmuró su mujer. Si vas á hablar de negocios no hables tan alto, que no conviene que nos oigan.

—Bah! Quién nos ha de oír? El vecino? Acabo de verle salir hace poco; además, es un simplon... pero ya te he dicho que le he visto salir.

Esto no obstante, como por instinto, Jondrette bajó la voz, aunque no tanto que no le pudiese oír Mario. La circunstancia favorable que tuvo nuestro enamorado para no perder ni una frase de la conversacion que medió entre los cónyuges, fué que la nieve que habia caído amortiguaba el ruido de los carruajes que transitaban por el boulevard.

Mario oyó lo siguiente:

—Escucha bien. El Crespo está cogido, ó como si lo estuviera; es cosa hecha; todo está preparado. Me he puesto de acuerdo con algunos amigos. El vendrá á las seis y traerá sesenta francos. ¡Canalla! ¿Viste cómo le embauqué con el casero, con el 4 de Febrero y con los sesenta francos que le hice creer que debia? Qué bestia! Vendrá, pues, á las seis. A esta hora el vecino se habrá ido á comer, la tia Bougon estará fregando en la casa que sirve y no habrá nadie en este edificio. El vecino no vuelve nunca hasta las once; las chicas estarán de escucha, tú nos ayudarás y él se ejecutará.

—Y si no se ejecuta? preguntó la mujer.

—En ese caso nosotros le ejecutaremos. Soltó la carcajada Jondrette diciendo esto.

Era la primera vez que Mario le veia